

# RECUERDO DE DON JOSÉ HERNÁNDEZ DÍAZ

*Por RAFAEL MANZANO MARTOS*

Se reúne hoy esta Real Academia de Buenas Letras de Sevilla en homenaje de afecto y recuerdo a una personalidad preeminente entre los preeminentes que han ocupado una plaza académica en su seno, el Excmo. Señor D. José Hernández Díaz, cuya muerte, todavía reciente, nos ha sumido en el más profundo dolor.

Su vida ha sido una permanente dedicación a la vida académica concebida en sus más variados aspectos: desde la investigación artística e histórica, pasando por la docencia universitaria hasta la propia entrega a las múltiples academias que desde fechas muy tempranas y en su propia juventud le abrieron sus puertas. También en un momento dado, su prestigio y honestidad de hombre público le llevaron a ocupar importantes cargos y a asumir graves responsabilidades de gobierno.

A esta, como a tantas de sus queridas academias, que fueron para él algo familiar y querido, prestó sus servicios, su dedicación, y su correspondencia hasta los últimos momentos de su vida.

José Hernández Díaz ha muerto a sus 94 años de edad en plenitud de su lucidez y en la plenitud de su labor investigadora. Es cierto que, sobre todo desde la muerte de su esposa, salía poco de su casa y tenía un cierto temor a no sentirse en condiciones de mantener el tono de una disertación académica o emprender lar-

gos viajes, pero, todavía en el último mes de mayo pudo leer en nuestra academia hermana de Sevilla, la de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría, el discurso de contestación al de ingreso del arquitecto D. Aurelio Gómez de Terreros que, según nos manifestó en aquella solemne ocasión, hacía el número treinta de los que había pronunciado en el transcurso de su larga vida académica. Porque Hernández Díaz ha sido un ejemplo de vocación académica temprana y de juventud.

Fue el más brillante escolar de aquella Facultad de Letras de la Universidad Hispalense en los días en que el benemérito Don Francisco Murillo Herrera sentaba con su largamente acreditado Laboratorio de Arte, las bases de un futuro centro de investigación histórica. Luego Hernández Díaz completaría su formación en la Universidad de Madrid donde cursó sus estudios de doctorado a la sombra de Tormo, Gómez Moreno y Sánchez Cantón. Su tesis, sobre la Iconografía de Madre de Dios en el Reino de Sevilla, lo inclinarían para siempre hacia la investigación iconográfica, y especialmente de la escultura, campos hasta entonces un tanto inéditos en nuestra historiografía artística.

Pero tan pronto obtuvo su título de doctor, volvería a su querida "alma mater" hispalense, para impartir docencia como auxiliar de cátedra llenando los vacíos de diversas asignaturas de la facultad de Letras hasta que pudo ganar la adjuntía de Historia del Arte que demandaba su vocación docente.

Son los años de iniciación investigadora, truncados como para tantos por la guerra civil, en cuyos años tuvo que dedicarse a la triste tarea de inventariar el patrimonio artístico perdido y a recuperar y restaurar lo salvado. Creo que fue el año de 1939, cuando en medio de tan dolorosos avatares pudo ganar brillantemente la Cátedra de Historia del Arte de la Escuela Superior de Bellas Artes de San Carlos de Valencia, en una de aquellas oposiciones, hoy en desuso, en que al historiador del arte se le pedía un conocimiento universal de la asignatura, comprobado en la catalogación de decenas de diapositivas muchas de ellas mostrando simples fragmentos de la obra presentada. Eran tiempos en que al Catedrático de Patología Quirúrgica se le exigía conocimiento y capacidad de intervención en cualquier órgano humano, tan lejanas a las de hoy en que se regalan las cátedras a los más incapaces

prohijados políticos por la simple lectura de una lección escrita sabe Dios por quién, y que se adjudican a un llamado perfil profesional preestablecido a la medida del designado.

Como fuera, su paso por Valencia fue efímero, pues pronto fue llamado a Sevilla en comisión de servicio para encomendarle la dura tarea de crear la escuela superior de Bellas Artes de Sevilla que iba a instalar con el auxilio de los arquitectos Balbontín y Delgado Roig, ampliando el estudio del insigne pintor y académico Don Gonzalo Bilbao, con la edificación de unos huertos adyacentes.

Allí, junto a intensa labor de magisterio, ocuparía la dirección del centro durante largos años y casi hasta su jubilación, y le cabría aún la tarea de trasladar la Escuela, ahora convertida en Facultad Universitaria a su actual sede en la antigua casa profesa de la Compañía de Jesús, donde había radicado durante tantos años la Universidad de Sevilla, y donde se hicieron obras en las que, desgraciadamente, su arquitecto no estuvo a la altura de la prodigiosa calidad del edificio.

Por aquellos años compartía estas tareas con la docencia universitaria y con la enseñanza de la Historia del Arte en el Seminario por personalísima decisión del Cardenal Segura y Sáenz.

Pronto ganaría la Cátedra de Historia General del Arte y Arqueología en la Facultad de Letras de nuestra Universidad en la que sería sucesivamente, Secretario, Decano y Rector Magnífico, de cuyo cargo saltaría a ocupar la Alcaldía de la ciudad de Sevilla, en cuyo puesto le cupo el honor, que él consideraba el máximo de su vida, de coronar canónicamente por su mano la imagen veneradísima de la Esperanza Macarena.

Como véis Hernández Díaz lo fue todo en esta ciudad y pronto también lo sería en Madrid, donde bajo el Ministerio de Don Manuel Lora Tamayo iba a ocupar sucesivamente las Direcciones Generales de Universidades, y luego la de Investigación, en días en que era electo como miembro de número de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, en la que también iba a ingresar con un discurso sobre la Iconografía medieval de la Madre de Dios en el Antiguo Reino de Sevilla.

Hernández Díaz nació para presidir Patronatos, Escuelas, Facultades y Academias.

Con 25 años, en 1931, fue elegido académico de la Real Academia de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría, de la que ostentó su presidencia desde 1951 durante más de cuarenta años, renunciando por razones de su edad en 1992, en que fue proclamado presidente de Honor hasta su muerte.

En 1935, cuando contaba 29 años de edad, fue designado numerario de esta Real Academia Sevillana de Buenas Letras, en la que alcanzó la condición de Académico Preeminente, y a la que ha prestado extraordinarios servicios, en intervenciones públicas, en recepciones académicas, discursos inaugurales de curso, colaboraciones en su boletín, y su permanente presencia en fraterno amistad hasta su muerte.

Su discurso de ingreso versó sobre un tema que le era muy querido, el de la "Iconografía Hispalense de la Virgen con el Niño en la Escultura del Renacimiento". Su lectura sufrió avatares derivados del estallido de nuestra guerra civil. Don José había sido presentado en candidatura única firmada por Don Carlos García Oviedo, entonces rector de la Universidad, Don José Sebastián y Bandarán y Don Celestino López Martínez, y votado unánimemente en sesión de 4 de Octubre de 1935.

Con la puntualidad que le caracterizaba escribió su discurso, leído en sesión privada de 8 de mayo de 1936, pero, como ya he dicho, el pronunciamiento del 18 de Julio de aquel año retrasó su lectura pública solemne a 28 de Mayo de 1937.

Eran días confusos pero en los que podemos apreciar la liberalidad de la Academia, pues en aquel Mayo del 35, junto a la lectura privada de su discurso se rendía caluroso homenaje de satisfacción en sesión presidida por Bandarán al académico Blasco Garzón que acababa de ser nombrado Ministro de Fomento en el Gobierno del Frente Popular, haciéndose hincapié en sus personales méritos, y se tributaba en la sesión subsiguiente nuevo testimonio de cariño al también académico Don Balbino Santos Olivera, hasta entonces beneficiado de nuestra Santa Iglesia Catedral, preconizado obispo de Málaga, y consagrado aquí por el Cardenal Illundáin, al que la Academia quiso obsequiar un bastón de mando de carey.

Pero dejemos las digresiones en torno a aquellos días críticos para volver al recuerdo de nuestro desaparecido académico.

Como académico de honor y correspondiente ha pertenecido a multitud de Academias andaluzas, nacionales y extranjeras. Así fue correspondiente de la Real Academia de la Historia, de las Bellas Artes de Cádiz, Córdoba y Lisboa, de la de San Jorge en Barcelona, y de de San Carlos en Valencia; miembro "of the board" de la Hispanic Society de Nueva York, y asociado del Instituto de Coimbra y de la Asociación de Arqueólogos Portugueses de Lisboa.

También llovieron sobre él condecoraciones, grandes cruces y medallas, que aceptó con humildad, porque fundamentalmente fue en vida un honesto investigador que se levantaba a diario a las seis de la mañana para leer y estudiar hasta las ocho, y por encima de todo un hombre bueno.

Como estudioso del arte, se dedicó fundamentalmente a profundizar en la catalogación de la escultura sevillana, y pienso que su principal aportación, aparte de sus grandes estudios sobre los más importantes imagineros de aquel entorno, como Martínez Montañés, Juan de Mesa o Ruiz de Gijón, fue su estudio clarificador de los artistas finales de la Edad Media, y sobre todo de los que introdujeron el renacimiento en la ciudad e inventaron la gran escuela de escultura andaluza, desde Lorenzo Mercadante y Pedro Millán, a los Roque Balduque, el Torrigiano, Juan Bautista Vázquez el Viejo o Andrés de Ocampo.

Ahí está para mí ver una de las grandes claves de sus investigaciones. El otro gran caudal de aportaciones disperso en separatas, y artículos de revistas es su colección de "Papeletas" para la Historia del retablo en Sevilla y en Andalucía Occidental a lo largo del siglo XVII, en la que deslinda las personalidades de Bernardo Simón de Pineda, Francisco Dionisio de Ribas, Fernando, Francisco y Baltasar de Barahona, Cristóbal de Guadix o Sebastián Rodríguez.

Como historiador de la pintura, a más de su Guía del Museo de Bellas Artes de Sevilla, debemos recordar sus estudios en torno a Zurbarán y sus discípulos, especialmente Bernabé de Aylla y los Polanco.

Pero su obra más trascendente, que supone una aportación fundamental al conocimiento de la arquitectura, de la pintura y de la escultura de la Región es el Catálogo Monumental de la Pro-

vincia de Sevilla, realizado con una metodología científica y una profundidad informativa, que superó en su época la dimensión alcanzada por los catálogos ya realizados por entonces en otras provincias, y sirvió de modelo a similares empresas posteriores. Esta importantísima labor la llevó a cabo con dos grandes compañeros de aventura, Francisco Collantes de Terán y Antonio Sancho Corbacho. Desgraciadamente, su desbordante éxito tanto académico como político, cortó la continuidad de esta importante empresa que sólo alcanzó en el orden alfabético hasta la letra E, con el magnífico catálogo monumental de Écija.

Hernández Díaz fue también biógrafo de sus compañeros de academia, especialmente escultores: Enrique Pérez Comendador, Juan Luis Vasallo Parodi; o Gustavo Bacarisas y Enrique Segura entre los pintores.

Yo conocí a Hernández Días hace unos treinta y cinco años, cuando me incorporé como catedrático de Historia del Arte a la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Sevilla, poco antes del desembarque en aquellas riberas de nuestro compañero Antonio Bonet Correa, que llegaba procedente de la Universidad de Murcia. Nos precedía fama de liberales y progresistas a más de procedentes de escuelas foráneas. Hernández era por propio instinto conservador y gustaba de estar rodeado por sus discípulos que cobijaba bajo sus alas poderosas. No faltaron mutuos recelos iniciales, trocados por el tiempo y el contacto en cordialísima amistad. Sevilla, que es ciudad aparentemente abierta y acogedora es difícil de conquistar, y os lo dice quien aún no la ha conquistado, aún habiendo nacido dentro de su antiguo reino. Luego tuve la fortuna de tener entre mis alumnos más queridos a un hijo de Hernández, Francisco Javier, personaje genial, bohemio y con aspecto de "progre". Recuerdo que llevaba unas lentes y unas llaves colgadas de cordelillo de esparto, sobre ropa informal y pantalón vaquero. Usaba de larga barba un tanto descuidada, en contraste con el porte severo y académico del padre. Yo me reía con él, y le decía que Dios lo había puesto en esta vida para castigar algún pecadillo oculto de su padre. Él me decía que salía a la rama de los Gordillo que eran más alegres y vividores. Luego tuve entre mis discípulas a una nieta del académico que hoy lloramos, María José López Hernández, que está a punto de terminar la carrera de

arquitectura y que es una criatura angelical. También he tratado a otra nieta, Elisa Crespo Hernández, Historiadora del Arte y que es ya la continuadora de las líneas de investigación abiertas por su abuelo. En ellos, junto con las otras hijas, hijos y nietos de Don José Hernández Días, quiero personalizar hoy el profundo dolor que me produce su muerte.

Esta muerte de Don José ha sido ejemplar, cristianísima, como lo fué su vida.

“Nuestro hermano ha muerto. Avísase a Vuesa Merced para que encomiende su alma, asista a sus exequias, y le rece una misa y una tercia del rosario y para que medite sobre la muerte y las vanidades de la Babilonia de este Mundo. Porque escrito está, con la medida con que midieres, seréis medidos”.

En términos más o menos parecidos, con letra y espíritu de Miguel Mañara se expresan las octavillas con que la Hermandad de la Santa Caridad de Sevilla, avisa las honras fúnebres de sus hermanos.

Allí, y con su rito, se celebraba el funeral de Don José Hernández Días, como años antes lo fuera el de otro inolvidable académico, Don Diego Angulo Íñiguez.

En aquel lugar admirable despedíamos a este hombre, rodeado de la mejor arquitectura de Bernardo Simón de Pineda, ante el retablo perspéctico en el que Pedro Roldán esculpía en el entierro de Cristo el simbolismo de la obra de Caridad de enterrar al difunto, rodeado de los más bellos cuadros de Murillo, y entre los dos Jeroglíficos en que Valdés Leal describe en espantosos términos la vanidad de las grandezas ante el horror de las postrimerías.

Oficiaban y concelebraban viejos sacerdotes presididos por el Vicario General de la Diócesis y Deán del Cabildo Catedral que representaba al Arzobispo que se encontraba ausente.

Don Antonio Domínguez Ortíz en su homilía nos recordó el papel de Hernández Díaz como profesor de Arte en el Seminario, en que él había sido su discípulo, y donde había logrado crear una generación de clérigos amantes y defensores del arte eclesiástico, y al mismo tiempo evocaba emocionado no sólo la interpretación que el entonces joven Hernández Díaz hacía de la técnica y de la composición de las obras de imaginería, sino del sentimiento religioso que el artista había intentado transmitir a su obra.

Qué lástima que aquel acierto del Cardenal Segura no haya perdurado en los seminarios de todas las diócesis españolas, y nos encontremos hoy con problemas gravísimos en nuestras iglesias y catedrales que hieren en lo más profundo la sensibilidad académica.

Quisiera despedir aquí a nuestro compañero, con aquel “Dejunos, consolados, su memoria...” en que el poeta supo expresar como nadie el sentimiento cristiano de la muerte en letra del mejor cantar hispano, rimado en estrofa manriqueña.